

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO 10 ets.

PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PEHU 1587

Valores y giros a A. Barrera

Soluciones para el "mañana"

Terciando en la casi polémica sostenida en estas columnas con algunos camaradas de Europa, desde el órgano de los sindicalistas españoles se ha querido dar una explicación política, económica y psicológica de nuestra diferencia de percepción para apreciar el panorama espiritual del mundo y entrever, en las brumas del horizonte social, los problemas del futuro... Y como se trata de discutir cuestiones del "mañana", que no están al alcance de nuestra vista ni de nuestro brazo, nada más fácil que poner por delante las distancias y encaramarse en el volante del progreso industrial para juzgar desde esas alturas, bajo la acción del vértigo, un problema de ideas: problema del espíritu y de la conciencia del hombre, que no puede buscar soluciones en los imperativos materialistas de la historia.

Con razones históricas, con episodios desfigurados por los políticos que han escrito la leyenda de nuestra civilización y con hechos económicos que sólo valen por su dura materialidad, se quiere ajustar el proceso de las ideas a las exigencias del progreso industrial de las naciones. Si económicamente se acepta todo el absurdo régimen capitalista y sólo se le combate por su condición jurídica y por el denominativo clásico que lo distingue de los otros sistemas conocidos — y por qué no se ha de aceptar también la expresión política de ese régimen: el Estado, con sus leyes y su principio de autoridad y justicia? También el desarrollo político de los pueblos, hijo de las necesidades del hombre y natural consecuencia de su evolución intelectual, está justificado en la historia. Y, sin embargo, muy pocos creen que sean eternos los sistemas de gobierno e intangible la autoridad de las castas gobernantes.

Podrán alegar quienes no encuentran otra explicación a nuestra resistencia a aceptar programas reconstructivos en nombre del anarquismo que las condiciones políticas de América son distintas a las de Europa. Nos traerán a colación los efectos morales y materiales que causó la última guerra en el viejo continente y la espantosa crisis económica derivada de las revoluciones y contrarrevoluciones que epilogaron la devastadora y brutal carnicería de aquellos pueblos. Y agregarán aún que, por efecto de su desarrollo industrial y la potencia adquirida por el capitalismo, Europa no puede hacer otra revolución que la que supone un cambio en el funcionamiento de la enorme máquina económica alimentada con la sangre de millones de esclavos.

He ahí un cúmulo de razones históricas, económicas y psicológicas... Pero, el movimiento anarquista, que se inspira en una idea universal de solidaridad y justicia, está en realidad sujeto a esas diferencias económicas señaladas por el capitalismo y depende su desarrollo — y sus posibilidades de realización — de

la capacidad industrial de cada país. Es el capitalismo, con su desarrollo materialista, con su tendencia centralizadora y con su poder financiero, el que nos da la medida de la capacidad subversiva del proletariado y de su comprensión de los problemas del "mañana".

La capacidad técnica del proletariado, para manejar las máquinas y para dirigir las industrias sin necesidad de los patrones y capataces que hoy las regentean, es una aptitud independiente de la concepción moral de cada individuo y de la capacidad de los pueblos para interpretar los verdaderos problemas de la revolución social. Esta diferencia de aptitudes, de tecnicismo, es obra del desarrollo capitalista. Responde a las exigencias industriales de cada país. Pero existe una equivalencia de esfuerzos

entre las naciones de acuerdo con

el desarrollo material que

existe en hoy cada anarquista o old

bien va creando dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa la sociedad del futuro.

Si el objetivo sindicalista no fuera puramente económico — si existiera una fuerza espiritual independiente de esas realidades materialistas — la declaración I. W. W. supondría un anhelo revolucionario e interpretaría un grado superior de conciencia colectiva. Pero el sindicalismo sigue el proceso de centralización capitalista, se conforma a los órganos económicos de la burguesía y trata de ajustar su estructura como organización de clase a las necesidades creadas por el desarrollo industrial de las naciones. Quiere decir, pues, que las aptitudes técnicas y la capacidad productiva de los trabajadores marchan en relación con el progreso material y se ajustan a las

acciones es de naturaleza popular: que se alimenta con la inconciencia de las masas y triunfa gracias a la incapacidad de los pueblos para comprender su misión y dirigirse en el tortuoso sendero de la vida.

Cada vez que un anarquista o un sindicalista revolucionario, no encontrando en sí mismo suficientes valores ideológicos, se empeña en buscar en la realidad social los materiales que necesita para construir un programa de futuro, son las ideas anarquistas las que salen maltrechas de esa búsqueda en el desván de los trastos inútiles. Y no es que el anarquismo no resista esa pretendida revisión ideológica. Simplemente, porque se busca en hechos económicos la solución de problemas morales, fracasa el empeño de esos anarquistas que creen posible la reconciliación del ideal libertario con las remozadas tendencias dictatoriales del marxismo. Y el contraste entre el pensamiento y los simples apetitos es tan evidente como antagonista es la idea de libertad y el interés económico que impulsa a las masas a esa lucha sin objetivos altruistas y solidarios.

Hombres de actuación en el movimiento obrero, a pesar de querer ajustar su conducta a los principios anarquistas, llevan un recio atavismo a los fundamentos ideológicos y morales del anarquismo, alegando la necesidad de ponerte a tono con las exigencias del actual momento histórico. Nos dicen, por ejemplo, que el anarquismo debe adoptar un programa revolucionario y abarcar en su acción los problemas del "mañana". Y achacan todos los fracasos del proletariado, las vacilaciones y las cobardías de los pueblos y el origen del recrudecimiento de la violencia estatal, a esa incapacidad del anarquismo para explicar los hechos del presente y los misterios del futuro.

En el órgano de los sindicalistas españoles, un camarada enamorado de las posibilidades sindicalistas y ferviente admirador del mito "dictadura del proletariado", reclamaba hace poco la necesidad imperiosa de fijar una posición política económica a la Confederación Nacional del Trabajo de España. Y eso se reclamaba después del cuartelazo de Primo de Rivera, posiblemente porque ese hecho de fuerza dio al citado camarada la medida de la impotencia espiritual del proletariado español.

Todo el concepto histórico del movimiento proletario, para el referido camarada, parece encerrarse en este malogrado deseo: la C. N. del T. persiguió el mismo objetivo que ha impulsado a los militares. Quiere decir, pues, que los sindicalistas se preparaban para tomar el poder en sus manos y sólo necesitaban un programa revolucionario capaz de abarcar los problemas de "hoy" y de "mañana".

Consecuentemente con ese propósito que llamamos político, la política es, el arte de gobernar a los pueblos — el referido sindicalista dice que "estamos ahora sin un plan delineado para ser una solución y una garantía y sin fuerza para im-



Cómo se firman los tratados de paz

también, de capacidades — entre los obreros industriales y los trabajadores agrícolas, entre el proletariado de la ciudad y el de la campiña. Por otra parte, aún suponiendo que el proletariado de los centros industriales esté más capacitado para la vida moderna, ¿pueden bastarse a sí mismos los obreros de la ciudad? He ahí, pues, la falla de todas esas preocupaciones por el "mañana" que se basan en hechos de "hoy". Hechos que están sujetos al determinismo de todo el absurdo proceso de las organizaciones capitalistas.

El afán de prefigurar el proceso de la revolución según un determinado programa político y económico, lleva a muchos compañeros al límite del campo reformista. Porque en realidad hacen labor reformista y legislan en el presente los problemas del futuro, quienes hacen de las organizaciones proletarias órganos de reconstrucción económica: el instrumento de lucha que, según la expresión de los I. W. W., no sólo sirve de arma para la defensa del proletariado, sino que tam-

bién es de naturaleza popular: que se alimenta con la inconciencia de las masas y triunfa gracias a la incapacidad de los pueblos para comprender su misión y dirigirse en el tortuoso sendero de la vida.

poner un respeto a valores que representamos". Es, pues, la falta de un programa la que impidió a la Confederación Nacional del Trabajo de España hacer la revolución y ganar de mano a los militares. Pero qué revolución querían hacer o eran capaces de llevar a cabo los sindicalistas españoles? Ese es un misterio del "mañana".

Pero busquemos una explicación doctrinaria de ese fracaso subversivo. El camarada que nos sugiere estos comentarios, nos ofrece esta:

"Por equivocadas interpretaciones dadas a las teorías de Marx, creemos que la cuestión social es una cosa de realización mecánica, fatal, y nos pagamos del legado que nos dejaron los pensadores del siglo pasado, un bájago de fórmulas fundamentistas más en lo que fué que no en el prodigioso desarrollo de la maquinaria, en el complicado desarrollo de las sociedades humanas y en el número de necesidades de la Humanidad, todo ello en continua y sorprendente progresión. De tal legado se desprende un principio básico: 'La organización de las sociedades humanas se asienta sobre la base de la posesión de los medios y útiles de producción, transporte y cambio, y en saber organizar la producción, el transporte, el cambio y la distribución del fruto del esfuerzo social'".

Habrá, pues, que volver a Marx. Los anarquistas, desecharán el legado de los pensadores que no "entrevieron" el desarrollo industrial de las naciones capitalistas, deben apagar su sed de infinito en las fuentes marxistas: empaparse de materialismo histórico, de realidades económicas y de experiencias revolucionarias... Y solamente por ese camino encontrarán los anarquistas la senda del futuro: la sagrada fórmula que nos explicará los misterios del "mañana". No es ese el pensamiento de los posibilistas del sindicalismo y de los que tienen apuro por hacer "su revolución"...

Si el "mañana" es una repetición histórica del "hoy", si el camino de la revolución es la trillada senda de revoluciones anteriores, si en el volante del progreso material de los pueblos el mundo gira para volver siempre al mismo punto de partida, ¿se puede saber en qué consiste el valor de las ideas? Los pueblos no escriben la historia del progreso perfeccionando las fórmulas culinarias. En eso estaría el objetivo de la existencia material, pero no el objeto de la vida: el móvil que determina las luchas, los anhelos y las esperanzas, del hombre como rey de toda la creación.

Emilio LOPEZ ARANGO

LA LECCION DE LOS TIEMPOS

Hay, en los estrados morales de los hombres, en su sentido social y político de las cosas, una condición de innata sordera que les hace reacios a toda percepción de conceptos que no se avengan con el estado normal de sus opiniones, de sus anclados prejuicios.

El anarquismo, que desde medio siglo viene golpeando la conciencia del universo es, entre todas las ideas, la que más ha podido comprobar la rareza de este fenómeno y la necesidad que tienen los hombres y las colectividades de que sean los hechos y no las palabras, los acontecimientos y no las razones, las causas determinantes de sus cambios de opinión.

Cuando el convencimiento de un problema o de una verdad social no procede del interior es necesario que el tiempo, este grande alegacionador de los pueblos, vaya en auxilio del rezagado, del hombre moralmente sordo, incapaz de propia y determinante comprensión.

Una de las afirmaciones que desde la Primera Intervención vienen progonando los anarquistas es la concerniente a la ficción democrática, a la inutilidad del

parlamentarismo, para realizar el ideal de emancipación de la clase trabajadora. Más de medio siglo hace que el concepto antipolítico del anarquismo se halla alzado sobre el mundo y recién ahora parece que las lecciones de los tiempos van confirmando, un poco, el contenido de nuestra verdad.

Entre las muchas cosas, buenas y malas, que la última guerra nos ha traído, una de ellas es el rasgo característico de sinceridad que se manifiesta entre las clases interesadas en mantener el actual orden burgués. Y es en holocausto de esta circunstancia que las clases dominantes han arrojado, de si, la careta que cubría sus hipócritas intenciones mostrándose, a la faz de la historia, idénticos tal cual son.

mica. La panacea milagrosa, la ficción política, democrática y parlamentaria, pa- realizó eficazmente la obra de capaci- ción libertaria del anarquismo y entre- gó las masas del pueblo al capricho de sus amos, de sus magnates y validos. Hasta las monarquías contra las cuales iba dirigida principalmente la declara- ción de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, base de la democracia del si- glo pasado, pudieron salvarse, subsistir y vencer.

Este es el triste resultado que nos ha separado la acción política de los llamados partidos democráticos, el partido so- cialista incluso. Pues, bajo la égida de go- biernos netamente socialistas, o simple- mente influenciados por ellos, como en Rusia, Alemania, Austria, Finlandia, Che- coslovaquia, Francia y en monarquías que convivieron con la colaboración so- cialista, como Italia, Bélgica e Inglate- rra, se han visto revivir y reviven toda- vía, los viejos vicios y sistemas de domi- nar a los pueblos mediante el engaño, el halago o la fuerza, cuando de defender el patrimonio nacional se trata.

Los métodos democráticos de gobierno han hecho fallita ya. Ningún hombre de conciencia, limpia y recta, de seriedad ci- vica humanizada, puede sentir afección hacia los políticos y la política. Que los gobiernos del mundo se hallen integrados por parlamentarios elegidos por el pue- bilo o impuestos a éste por la fuerza lo mismo da. Bajo las democracias ameri- canas o europeas se cometen las más grandes aberraciones sociales y se reali- zan los más grandes negocios que el mun- do haya conocido.

De nada sirve, ni ha servido nunca, mandar hombres del pueblo, gente proba, al parlamento. Llegado el caso, cuando el capitalismo nacional lo exija y sea nece- saria una guerra, una combinación polí- tica o financiera o un acto de piratería internacional, los representantes del pue- bilo deberán hacer el juego a los pluto- dratas, que dominan la economía del país o se les hará enmudecer mediante un breve decreto que les prive del poder ofor- gado por el pueblo.

Los hombres de nuestras generaciones ya no pueden esperar nada de la ficción parlamentaria, de la mentira democrática. Y ya no es ahora el concepto anti- político del anarquismo quien lo dice. Lo dicen también, a voces, los últimos acontecimientos políticos y sociales de Euro- pa que han venido a confirmar la exce- lencia de nuestra predicción. Pero, esto no obstante, al anarquismo no se le dará la razón.

Y es que no hay, entre los hombres ni entre los pueblos, una educación cultu- ral de mutuas y reciprocas evidencias que, por su imperativo, nos obligue a declarar voluntariamente nuestros yerros, nuestras equivocaciones. Y no se plegará a pesar de ello, al concepto antipolítico del anarquismo, la gran masa de los obre- ros encerrada en los rediles de la politi- ca radical, socialista o comunista del mundo. No bastará tampoco la experien- cia ni la lección de los tiempos para abrir, en el alma del pueblo, el surco fecundo de su propia liberación.

La sordera moral es, en ciertos hom- bres, y en ciertas colectividades, crónica e inalterable. Imperio los anarquistas se guirán fieles a sus propósitos.

Y aún cuando los pueblos sigan gravi- dando eternamente en las zonas de su propia estupidez, imposibilitando de este modo la realización de la Anarquía, ésta

será, al menos para nosotros, "Un cami- no por donde aunque uno sabe que no llegaría nunca, va uno bien y seguro de que es el único y verdadero", según fra- se de Juan Ramón Jiménez.

Enrique Arango

Consistencia doctrinaria del Anarquismo

Una revista anarquista de España, ha iniciado una encuesta sobre la necesidad o no de renovar las doctrinas del anar- quismo en sus aspectos tácticos y apli- cación para el futuro. A ella han respondido los cerebros más selectos del anarquismo español, aportando opiniones optimistas sobre la consistencia doctrinaria del anarquismo contra los sofismas materia- listas y metafísicos que han sucitado los acontecimientos de este momento histó- rico en algunas personas, más imbuidas por la influencia del pasado que por las irradiaciones del futuro.

Plácenos constatar el hecho, pues de- muestra que las desviaciones solo se han producido en aquellos espíritus que en verdad nunca fueron sino temperamentos pasionales, despechados del orden bur- gues, pero bien extraños psicológicamente al pensamiento anarquista.

Rumiadores de principios revolucionarios, aceptaron aquellos conceptos que más se avienen con sus particulares ten- dencias autoritarias. Rindieron pleitesía a la fuerza, no como una suprema expresión de libertad colectiva, sino por lo que representa como factor de dominación. Y soñaron siempre en el fondo de sus almas, emponzados por la herencia secular, en emplearla un día como una apo- teosis de gloria para los vencedores, y un medio de humillar a los vencidos. Los factores de orden diverso que formaron fatal la necesidad de la violencia, no les preocuparon mayormente. Pensaron re- petir el vicio histórico que fué norma de las edades fencidas, tiene su expresión en la actual y seguirá persistiendo mientras no haya sido destruido el fundamen- to que lo justifica: la propiedad indi- vidual y su inevitable consecuencia, la explotación del hombre por el hombre.

Como representantes de un mundo inferior, bien están en su actual posición. Basta a nuestro objeto substraer a los hombres de bien, a los destinados a crear una Historia nueva, libre de su influen- cia corruptora.

Y esa es labor a que estamos entregados con toda la fe de quienes tienen ide- as positivas, que no han pedido nada al pasado indigente para nutrirse de sabia exuberante.

José M. ACHA

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el im- portante opúsculo de Luis Fabbri: CARTAS A UNA MUJER, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, \$ 0,50

En efecto, ¿qué enseñanzas pudimos re- cogér de la revolución rusa que no fortaleceran más que ningún otro hecho his- torico, nuestras premisas en cuanto a la seguridad de nuestros métodos y a su inde- pendencies eficacia? ¿Qué errores hemos podido advertir en nuestra tesis para eri- gir el futuro, ilustrados por ese aconte- cimiento?

Todo nos ha confirmado, nada nos ne- gó en la práctica.

La tendencia absorbente y tiránica del marxismo, que no es otra la que impe- ra en el alma de los que propician la dic- tadura, con su fracaso ruinoso, fué una luz puesta en nuestro camino, que lo tor- nó más claro y radiante que nunca.

Es, sin duda, todo subterfugio y resultan- ineficaces, todas las sutilezas para justi- ficar defectos que, más que en el ambiente,

están arraigados en la conciencia de ciertos hombres. Es el, pasado, con todo su lastre de preocupaciones, quien los tiene atados a principios históricos. Ilu- mina en exceso su visual de topos, la cla- ridad intensa del porvenir. Son ané- micos espirituales, a quienes no es fá- cil abrirse como una rosa a las radiantes y frondosas primaveras.

En los vérteculos de su yo interno de- bieran buscar los defectos que atribuyen a una doctrina superior, apuntalada con hechos que la prolongan a través de azules e infinitos espacios, para recibir el rocio generoso y fecundo de los astros.

Por otra parte, en la escuela, se adqui- ren útiles conocimientos, se puede saber hacia qué región del mundo están situ-ados esos países semi-legendarios en que los gobernantes de Moscú tienen millones y millones de adeptos, pero se puede saber si Sócrates era griego o romano y si era filósofo o general, se pueden adqui- rir muy útiles conocimientos para no decir los disparates que ofimia a los tene- ros enriquecidos no obstante su analfa- betismo; pero en general, las ideas revolu- cionarias no tienen un contacto directo con la escuela, aunque se haga leer a los niños todos los pensamientos imaginables de nuestros maestros y se les haga cantar himnos rojos. La escuela, se, co- menza en la escuela a deleitarse en las obras de Carlos Marx y la figura del autor de *El Capital* y de Lenin impone- a los niños el terror, que nos causaban a nosotros las barbas severas del padre eterno, y de los otros santos de categoría que aparecían en nuestros libros de lectura y en los carteles murales de la escuela. Sin embargo no esperamos que la futura generación rusa esté mas pe- netrada de las ideas y del espíritu revolu- cionario que las masas rebeldes de 1905-6 y de 1917.

Las ideas revolucionarias no nacen en la escuela sino en la vida total; se puede ser analfabeto y rebelarse ante la injus- ticia, se puede ignorar el nombre de San Martín, el héroe de los niños de las es- cuelas argentinas, se puede desdóconocer las incomparables grandesza que un Ki- alibichche encuentra en Lenin; y sin em- bargo amar la libertad, tener un alma so- lidaria; y se puede ser profesor univer- sitario, haber escrito enormes tratados sobre todas las ciencias habidas y po- haber, traer familiarmente los enigmas y las fórmulas científicas y ser imbécil desde el punto de vista de la sensibilidad ante el dolor de la humanidad oprimida y explotada y no tener un gesto de con- demnación de la tiranía y de la infamia co- tidiana. Y por hoy la regla general es esa: los combatientes en las filas de la revolución, las huestes del mundo del porvenir, los que luchan por la libertad y la igualdad del género humano, los que llevan en su corazón los sentimientos de las más atrevidas concepciones de los filósofos y de los pensadores, son esos hom- bres que apenas deleitan un libro, por- que desde su niñez han estado sometidos a la explotación más dura y que han ex- perimentado en carne propia todo lo que la sociedad actual tiene de infame y de inhumano; los seres nacidos en una po- sición más elevada, los que han visto de la escuela y la universidad, los que

Ideas sobre la anarquía y la revolución

111

no confunden a Cicerón con Alejandro Magno, los que saben donde está Kam- chatka y el país de los zulúes, esos son especialmente — salvo honrosas minorías, — los que aplauden y justifican la tiranía, los que defienden con todos los medios las iniquidades actuales, y que- remos creer que no lo hacen por maldad, sino por insensibilidad ante el mal, por imposibilidad para concebir una nueva forma de organización social.

Los obreros alemanes son sumamente in- stituidos, hay entre ellos, más que en ningún otro país, quienes se interesan por las ciencias naturales y saben de geología y zoología y botánica más que mu- chos profesores, pueden hablar horas y horas como profesionales de las teorías de la descendencia del hombre, de la flora y de la fauna de Europa; esto nos de- muestra una voluntad de estudiar sumamente loable, pero la revolución no dyna- za porque sepa que el hombre descien- de del antropoide, sino, cuando se sabe cómo, se hace al pleno goce de todos los derechos humanos. Para la revolución ha- cen más los campesinos de Jerez, casi analfabetos, pero conscientes de lo que signi- fican la libertad y la justicia, que los que leen todas las obras de M. Boelsche. Los obreros alemanes se adormecen con su afición a esa instrucción libreza so- bre las ciencias naturales, como las av- venturas de las casas ricas se olvidan de su situación sumergiéndose en las novelas de Carolina Invernizzi. Jamás lle- garemos a vencer a la burguesía por la conquista de sus catedras, desde donde se predica la verdad oficial, conquistar una catedra en una universidad es equi- valente a conquistar una batalla en el parlamento; puede ser un negocio individual, pero es inútil e indiferente para los intereses de la revolución social. El proletariado tiene que vencer con sus propias ideas, predicar desde sus propias catedras y elaborar al margen del mundo político y moral, existente las bases so- ciales y morales del futuro.

Y abrimos los ojos a la realidad y ve- mos aun en pie todo el mundo que queremos y que debemos destruir para entre- abrir las puertas del futuro, se nos di- ye que renunciamos a nuestra labor pre- sente para prepararnos para el porvenir, que sacrificaremos la misión del mañana. Toda vez que reclaman nuestra aten- ción sobre lo que habrá de hacer al dia siguiente de la revolución son compañeros bien intencionados, pero que olvi- dan dos cosas fundamentales: que para pensar lo que haremos después de la revolución hay que pensar primero en hacer la revolución y que, como anar- quistas, es decir, como hombres que tie- nen confianza en la libertad y en su fuer- za creadora, sólo muy secundariamente tememos que ocuparnos de las líneas de conducta para un futuro más o menos próximo, porque sabemos que la mejor regla de acción será la realidad de las co- sas y la firmeza y solidar de nuestras con- vicciones. No legislamos sobre la me- dida de nuestros actos en un marco de creación y de actividad, propaguemos hoy nuestras ideas fortísimos, nos-otros mismos en su espíritu, que nues- tro modo de obrar no es nunca una contradicción con nuestras ideas, y lancemos al mañana desconocidos llenos de fe y de entusiasmo, con una sola máxima, para hoy y para siempre. No marchar juntos por la vía de la autoridad.

Por el grado de instrucción general, será muy difícil a la clase trabajadora competir con la burguesía; el punto fuerte de los productores son sus ideas y sus sentimientos sobre la justicia, la libe- ración, la superación cultural, parti- diente de su propia base, en el sentido de la libertad de la igualdad y de la solidaridad. Que el proletariado, en su elevación intelectual de las masas trabajadoras, a ello dedicamos el obolo modesto de nuestros esfuer- zos, pero no caemos en la infantilidad de romper esa elevación mediante conoci- mientos ajenos o absolutamente indife- rentes al mundo social que germina en el movimiento del proletariado. Hay que fomentar la superación cultural, parti- diente de su propia base, en el sentido de la libertad de la igualdad y de la solidaridad.

Espartaco se presenta a la discusión en un tema, tú no deduces nada de él. Lo dije y es verdad; hojead a Mariana, a Tácito y a Mezeyay, y verás que el hom- bre ha sido siempre mi servil; desde ja- ce cuatro mil años está asistiendo a clase; te enseñan a leer con aire pedante; los magisters, y todavía no se ha podido li- brar de los despóticos. ¡Pueblo, ama tu Cesar! ¡Asino, adora tu abarca! Victor Hugo. — Hoy en la noche, en la noche, en la noche, cuando han crecido los hijos del tra- bajo, carnes de cañón de proyección, el padre entoncede por la mala vida, no se preocupa de los desastres, que el viento arrastrá a los pequeños que cayeron del nido, que

tad, la solidaridad, y como estas ideas y sentimientos pueden existir sin saber donde está Kamchata y sin saber quién era Sócrates, como puede saberse todo esto e ignorar lo que significa un moyilmen- to que tiende a la abolición de las diferen- cias de clase, a la abolición del principio de autoridad y del centralismo; es fácil deducir que nuestra misión primor- dial es no elevar el nivel intelectual de nuestros compañeros del dolor mediante los conocimientos que constituyen la glo- riya y el orgullo de las clases dominantes, sino por la irradación y difusión del mundo mental revolucionario de los oprimi- dos. ¿Qué mérito tiene para la revolu- ción social escribir una pájara correc- tamente, el no confundir en los articulos, el dativo con el acusativo, si en cambio desconocemos los principios funda- mentales de la solidaridad humana; si aplaudimos la guerra; si tomamos parte en las filas de la reacción, o sólo si, vivimos indiferentes a la gran tragedia de la conquista de la libertad?

Adelantaremos mucho en nuestra pro- pagación si tenemos en cuenta un empleo racional de nuestros esfuerzos.

IV

Una voz tristemente unánime se le- vanta en todos los rincones de la tierra por parte de los anarquistas: «Hay que reaccionar! — nos dicen los camaradas

de todos los países y de todos los idio- mas; hasta ahora no hemos hecho más que decir, pero es preciso ser ya un poco más prácticos y dedicar un poco más de ener- gías a la construcción; basta de criti- cias inútiles; hay que pensar en lo que haremos al dia siguiente de la revolu-

ción y abrimos los ojos a la realidad y ve- mos aun en pie todo el mundo que queremos y que debemos destruir para entre- abrir las puertas del futuro, se nos di- ye que renunciamos a nuestra labor pre- sente para prepararnos para el porvenir, que sacrificaremos la misión del mañana.

Todos los que reclaman nuestra aten- ción sobre lo que habrá de hacer al dia siguiente de la revolución son compañeros bien intencionados, pero que olvi- dan dos cosas fundamentales: que para pensar lo que haremos después de la revolución hay que pensar primero en hacer la revolución y que, como anar- quistas, es decir, como hombres que tie- nen confianza en la libertad y en su fuer- za creadora, sólo muy secundariamente tememos que ocuparnos de las líneas de conducta para un futuro más o menos próximo, porque sabemos que la mejor regla de acción será la realidad de las co- sas y la firmeza y solidar de nuestras con- vicciones. No legislamos sobre la me- dida de nuestros actos en un marco de creación y de actividad, propaguemos hoy nuestras ideas fortísimos, nos-otros mismos en su espíritu, que nues- tro modo de obrar no es nunca una contradicción con nuestras ideas, y lancemos al mañana desconocidos llenos de fe y

Literatura-Arte-Ciencia

Dos grandes artistas franceses

Claudio Lorain — Nicolas Poussin

Nicolas Poussin

En Nicolás Poussin eso se afirma con más fuerza. El sabe a dónde va, a veces demasiado, expone y demuestra con una elocuencia en la cual su compatriota Corneille hubiese podido reconocer su fuerza en forjar máximas y en encerrar en un ritmo uniforme y vigoroso todo lo que existe de impreciso y de fugitivo en la vida para imponerle la forma de la voluntad. La unidad heróica y lírica es el único punto de partida, lo demás se



POUSSIN — Pastores de Arcadia.

agrupa en torno. La unidad plástica no es sino el resultado de un trabajo intelectual de eliminación consciente y de construcción idealista donde la forma y el gusto, el tono local, la tonalidad general y la repartición del volumen y del arabesco responden a la llamada central de la razón. Cuando se han mirado largamente sus estudios directos, las formas esculpiendo la nuda como bajos relieves tallados por la luz y la sombra, cuando se sabe que volviendo de sus excursiones a la campaña, donde los acueductos, los edificios circulares, los pinos, la línea de las colinas impiden a la inteligencia contornos nítidos y fórmulas decisivas "traía en su pañuelo piedras, musgo, flores y otros cosas parecidas que quería pintar exactamente del natural", entonces no se puede sino obedecer como él a ese potente llamado de la razón. "Yo no he descuidado nada", decía a sus amigos. Su carácter es tan elevado como la facultad de comprensión, cuya progresión es la obra de un deseo universal siempre dispuesto a spiritualizar sus conquistas. Los páramos, las frutas maduras, el pan, el trigo, el doblado rojizo del otoño o sino el agua pura del verano o los follajes primaverales que el viento platea y hace estremecer, son el centro sensual de sus sinfonías abstractas cuyo grave colorido responde a un propósito de unidad voluntaria que presta tanta mayor

doble sobre el cielo entraban en el ritmo de las danzas para unir sus curvas con las resonancias musicales y purificarlas conjuntamente en su pasaje al espíritu. Ora paseara sus sueños lúcidos en los paisajes tormentosos de las bacanales, bajo las nubes grises y negras y el profundo azul y los follajes ásperos, ora se inclinará sobre las aguas para sorprender en sus inmortales tinieblas, la silueta plateada de los dioses, jamás el mito antiguo y el ardor italiano dejan de recurrir a la medida y a la nitidez francesas para expresar la nobleza de su sereno sentimiento.

La disposición regular de las casas sobre las colinas, el frente recto de las columnatas, las enormes torres circulares coronando las alturas, todo lo impulsaba a volver a encontrar en la disposición de los árboles, en la masa de las ondulaciones terrestres y hasta en el cielo cargado de nubes, ese sentido arquitectónico del mundo propio de los artistas de su raza y que traducen, desde la iglesia romana y de la nave gótic a hasta los jardines de Le Notre, a los castillos de Mansard, a la música de Rameau, a los palacios de Gabriel y los poemas de Vigny con el mismo lirismo contenido y la misma razón firme. Todo concurre y se somete. La actitud y la forma humana son un sentimiento a que haya en los elementos de la naturaleza una subordinación rigurosa que enlaza el movimiento de los as-

tros a la sucesión de las estaciones y al latido de los corazones. Se lo encuentra en el gesto de un brazo al recoger una fruta en las ramas de un árbol, escanciar el vino en las copas, al sostener un fardo sobre la cabeza erguida, segar el trigo, conducir un caballo a la labor, lanzar una linea en el agua, volviéndose a medias para escuchar a un cantante, tender un arco, sacudir el tiro o colocar sobre una frente, una corona de roble. Toda función toma en subordinación soberbia a la voluntad superior que jerarquiza a la naturaleza para hacer surgir de ella la inteligencia, como a su más elevada función, una pureza emocionante. Un tiró el galope, un buey que levanta la frenética, el arrodillamiento, las manos suplicantes, todo el drama y la égloga se inscriben en un desarrollo soberbio que pasa a través de la vida, como una infatigable afirmación de reconocimiento y de fe. La masacre, tanto como el amor, es un pretexto para glorificar la forma, cuya exuberancia tranquila aparece solamente a los que han penetrado la indiferencia de la naturaleza ante la masacre y el amor. Dos recuerdos profundos sugestionan a Poussin. El ha visto, realizarse en los bosques donde la sombra es ardiente, las fiestas orgiásticas del Tiziano y del universo. El Incendio del Borgo (1) le ha revelado cuánto pueden los miembros espirituales, separados por el espacio o en tensión por el fuego, introducir entre los hombres de harmonías superiores a la piedad, porque son creadoras de esperanzas. Ha partido de allí para establecer la tragedia francesa y alcanzar el alma perdida; el alma musical y temblorosa de Racine a través del orden cornelianiano.

Ese gran hombre, como todos los de su siglo, no se entrega sino lentamente. Al principio es cénudo, de tono severo. El alma profunda aparece después, cuando se renuncia casi a, aferrarse, el alma idílica, amorosa y sensual de un ser decidido a recoger la poesía y la inmoralidad del mundo con la condición de que permanezca dueño de trazar rutas seguras y ciertas accesibles. Para no amarlo cuando se

Hagamos del arte un culto, y que ese culto sea una exteriorización permanente de las bellas virtudes del espíritu. Busquemos que su maestranza sea la naturaleza, madre de la vida, y busquemos que esté en relación constante con el latir invisible de la tierra y del universo.

Tratemos de expresar con cierta verdad las hermosas cosas, siempre que esa hermosura resulta la sutil expresión de la bondad, y afanémonos en hallar lo grandioso en lo simple, lo eficaz en lo aparente. El arte que reproduce el vicio, la vulgaridad o los vanos placeres, debe ser considerado como profano. Es necesario que el trabajo, el amor, la maternidad, la muerte se relacionen con la vida y que todo tienda a la consolación y a la elevación del espíritu.

Sin embargo, conviene hacer notar que no son los géneros de arte y si la calidad del arte la que fija y describe los verdaderos valores... También es bueno añadir que una obra artística ha de ser la producción de un hombre digno de producirla. El arte debe revelar sensaciones nuevas; el que deja al observador indiferente, no puede ser considerado como arte. Y la impresión que una obra produce, casi siempre está en relación directa con la emoción que el artista invitó al concebirla y crearla. Obtendrá lágrimas, si en lágrimas fué amasada, y despertará entusiasmo si ella es fruto de entusiasmo. En la vida superior del sentimiento nada se pierde y todos los valores,

y los bosques, el árbol heróico de hojas extendidas, Watteau, Vernet, Ingres, Corot, Puvis de Charnnes, Cézanne. Ved los colores atercopelados de las frutas de Francia, maduras desde Watteau, Chardin, Corot, a veces Ingres, irán beber sus harmonías. Y ved los brazos levantados, rostros convulsos, cadáveres trágicos, el drama sensual y fúnebre que atraviesa en torno a Delacroix.

Elie FAURE.

(1) Afresco de Rafael.



POUSSIN — Masacre de los inocentes.

Del deseo de belleza

de todas las virtudes espirituales, y acogen al recién venido en carácter de héroe.

El arte no es tan sólo la actividad del que produce la belleza; es la única que engendra la riqueza, en el verdadero sentido del término. En el trabajo que se hace por las manos del artista, hay la expresión emotiva que el artista experimenta en el momento de la concepción; y esa emoción se comunica al que lo contempla, dando así a la obra de arte un sobrevalor; o, lo que es lo mismo, un valor espiritual y humano.

Hagamos del arte un culto, y que ese culto sea una exteriorización permanente de las bellas virtudes del espíritu. Busquemos que su maestranza sea la naturaleza, madre de la vida, y busquemos que esté en relación constante con el latir invisible de la tierra y del universo.

Tratemos de expresar con cierta verdad las hermosas cosas, siempre que esa hermosura resulta la sutil expresión de la bondad, y afanémonos en hallar lo grandioso en lo simple, lo eficaz en lo aparente.

El arte que reproduce el vicio, la vulgaridad o los vanos placeres, debe ser considerado como profano. Es necesario que el trabajo, el amor, la maternidad, la muerte se relacionen con la vida y que todo tienda a la consolación y a la elevación del espíritu.

Si el pasar delante de una casa insignificante, habitada quizás por un pobre trabajador, se observa que las ventanas están adornadas de flores, deducirse que la vivienda es confortable y que quienes la ocupan no son gente despreciable. Allí dan principio el arte y sus radiosas manifestaciones.

En ninguna otra parte que en Italia vemos a los trabajadores de los puertos dejar semanas y semanas las mercancías bajo el techo de los puertos o en las estibas de los barcos sin descargarlas ni cargarlas porque iban dirigidas a la España boicotead a Hungría. Y sin embargo todos estos actos de rebeldía eran representados y han ostentado inmensos sacrificios y dolores a los trabajadores italianos, pero eso era un ideal una pasión, y el sacrificio era cumplido con alegría.

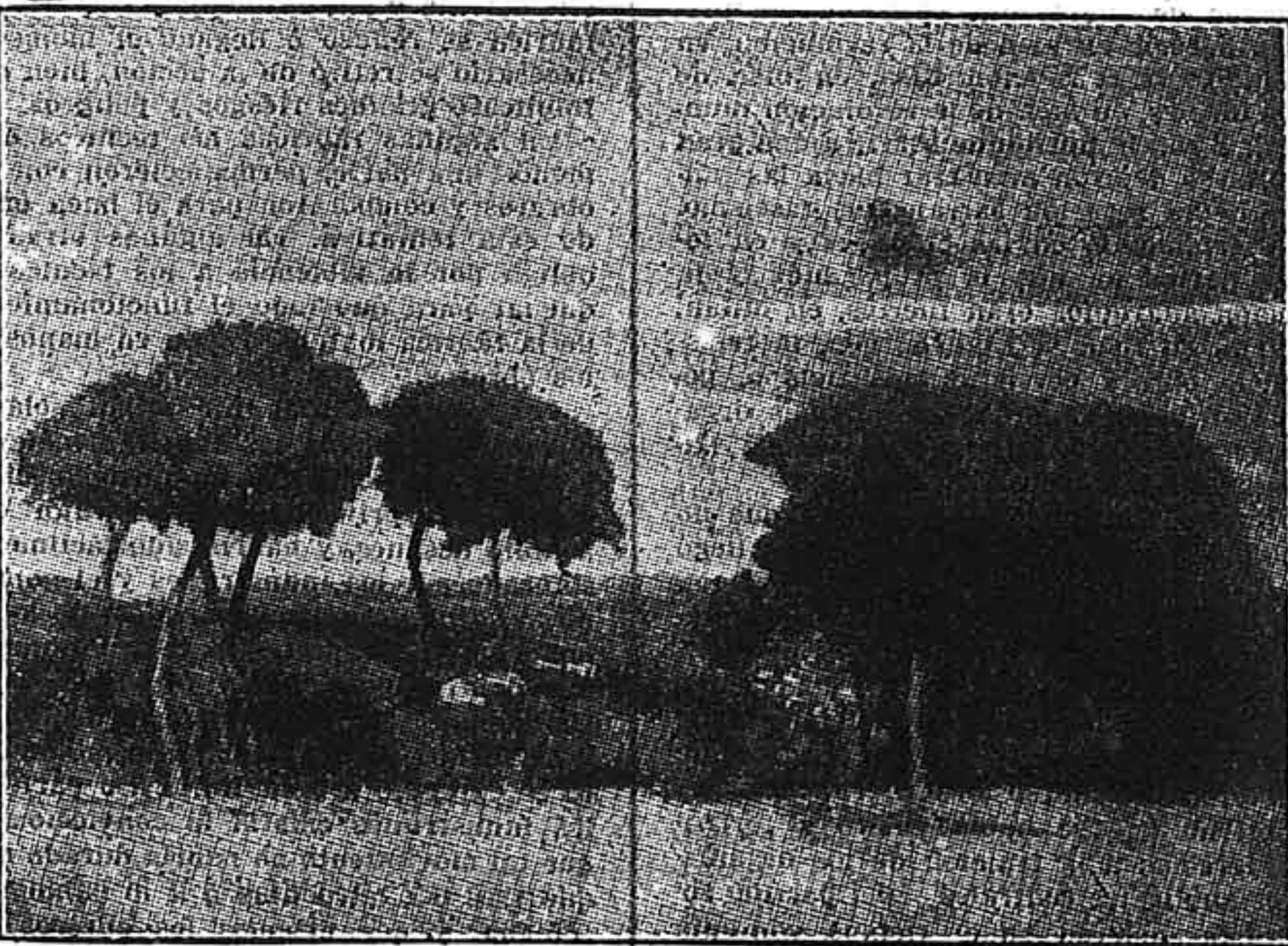
Y en la conciencia de esa psicología, en unos momentos entusiastas sin límites, en otros de un negro pesimismo y decadimento, es donde podemos hallar la explicación de cómo los revolucionarios, los maestros trabajadores italianos han podido pa-

tarde o temprano, ser reconocidos.

He dicho que el arte debe ser un culto, pero no he dicho cómo puede llevar a serlo. El elegido que se sienta atormentado por la dulce y grata pasión del arte, debe dejar de lado afectos y riquezas, y libre de toda preocupación vulgar, vivir en una comunidad de artistas que respondan a su ideal.

Semejantes comunidades las hay en todos los países, y en ellas los artistas consagran su vida al culto de la belleza y

SALÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



ANGEL D. VENA — Los Arbolitos.

Ojeada general sobre el movimiento libertario en Italia desde 1914 a nuestros días

sor de una situación tan revolucionaria a la posibilidad de la instauración del dominio fascista.

La pregunta circula y fue propuesta por millones de ciudadanos: ¿es posible que los trabajadores italianos se hayan dejado desarmar sin intentar el golpe decisivo, en el otoño de 1920, cuando era fácil hacerlo y fácil vencer?

La tragedia italiana comenzó el 28 de octubre de 1920, es decir, en nombre de la revolución próxima, en nombre del martirio de la revolución rusa, los políticos incluyeron a los obreros y a los campesinos de Italia a desfilar de su avance glorioso. Los políticos supieron muy bien entonces explotar la psicología del pueblo y supieron bien trabajar de manera que se les tornara cómoda y conveniente.

Recuerdo aún episodio sintomático, de una de las últimas sesiones de los representantes de los Consejos de fábricas en Milán, donde todos los dirigentes, con pañuelos rojos en la mano, con discursos llenos de poesía indujeron a los delegados de las fábricas milanesas a aceptar que los industriales volvieran a los establecimientos no como patrones, sino como colaboradores. Me requiero de las palabras del representante de la sección central metalúrgica (Bruno Buozzi) a los delegados de todos los establecimientos que habían acudido armados, no sólo con armas, sino también con voluntad de resistencia, a la sesión decisiva de los consejos de fábrica. No os propongo, dijo, y sus palabras podían sonar para quien no lo conociese como palabras de pasión y claramente causaron mucha impresión y desarmaron a una parte de la oposición — una retirada, muy lejos de ello, sino que os digo que por el buen éxito de la revolución que hemos comenzado, por el ideal que anima a todos nuestros compañeros, por sólo muy poco tiempo, lo estrictamente necesario para prepararnos mejor y organizarnos, deporos las armas. Deponedlas, pero que estén prontas siempre en las fábricas, que serán siempre vueltas, porque lo habéis demostrado ahora —; cuidadlos como cuidas a vuestros hijos y vigiladlos como los vigilas a ellos, y mañana seréis reclamados de nuevo en estos pueblos de Italia. Mañana, con más vigor, fuerza y preparación, podremos reemprender la lucha, nuestro avance.

Y bien que mal humorados y no claramente con unanimidad, los obreros dejaron entrar otra vez en las fábricas a los industriales y los campesinos en la mañana del 28 de octubre de 1920, cuando el fascismo ya había tomado el poder.

(Segantini ha sido el pintor italiano más grande de estos últimos tiempos. Fue antimonista y el primer simbolista italiano. Su obra es una mezcla de un elevado idealismo, al mismo tiempo que acusa un entrañable y puro amor a la naturaleza. Y bien que mal humorados y no claramente con unanimidad, los obreros dejaron entrar otra vez en las fábricas a los industriales y los campesinos en la mañana del 28 de octubre de 1920, cuando el fascismo ya había tomado el poder.

tierra a los latifundistas, pero fué porque se había conseguido hacerles adoptar la ilusión de que lo que se hacia era preciso hacerlo en bien de la revolución, en bien de la revolución rusa, en bien de sus ideales, en bien de la revolución mundial. Y con la ilusión de servir a una gran causa se dejaron arrastrar hacia las ruinas de la reacción salvaje, del fascismo.

Ciertamente, en las ciudades y en todas partes en que la propaganda y la acción anárquica eran fuertes, en Milán, Turín, en toda la Liguria, etc., la resistencia obrera persistió más tiempo, pero inútilmente, porque las mismas organizaciones sindicales y políticas se habían declarado contra los obreros.

Fueron numerosas las fábricas que no cedieron inmediatamente, aunque llegó la orden imperativa de la organización central de los metalúrgicos de la Confederación General del Trabajo y del Partido Socialista, y por más de una semana resistieron aún en los establecimientos. Pero su sacrificio y su resistencia debieron estrellarse ante la violencia del gobierno que se había vuelto a fortificar gracias a la traición de los organismos sindicales centrales y del partido socialista, que en aquel tiempo contenía aún, más: era dirigido por los comunistas.

Hacía ya tres años que los metalúrgicos italiana mantenían constantes reclamaciones que, después de pacíficas negociaciones, eran solucionadas por una huelga: ya en 1920 la huelga duraría media duró cerca de tres meses, y en 1920 se preparaba la resistencia pacífica más encarnizada y por consiguiente una nueva huelga. Los obreros havían comprendido que, aunque vencidos, una huelga larga significa siempre, materialmente, una derrota para los obreros. Y sintiendo gran necesidad de una lucha, una lucha por la conquista de una existencia mejor, no querían emprender una nueva huelga según la vieja fórmula pasiva de los brazos cruzados, bárra preciso buscar nuevos caminos, nuevos medios. Los empleados postales y telegráficos habían aplicado ya durante una agitación el método de la resistencia pasiva: del obscurantismo y había dado un magnífico resultado y sobre todo había demostrado la incompetencia de los pocos técnicos y de la dirección. Ese obstaculismo no consistía en otra cosa que en la aplicación a la letra de los reglamentos fijados por la dirección "para el perfeccionamiento de las cosas". Y se vió que obrando así todo marchaba al revés, nada funcionaba con la regularidad y la perfección obtenida cuando se dejaba a un lado el reglamento y se concedía la libre iniciativa a los obreros.

Por tanto los metalúrgicos decidieron, en lugar de iniciar una nueva huelga, aplicarla en todas las fábricas, ese obstaculismo. Todo obrero quedaría en su puesto de trabajo, pero obraría sólo siguiendo el articulado del reglamento interno de la fábrica. Así, a consecuencia de esta deliberación, en la segunda quincena de agosto de 1920, y más precisamente, el 20, algunos millones de metalúrgicos aplicaban en toda Italia este nuevo método de lucha.

Las direcciones de los diferentes establecimientos estaban imposibilitadas para adoptar medidas represivas contra los obreros, en tanto que todo era normal y de acuerdo al reglamento impuesto por la misma dirección.

La producción disminuyó de golpe casi más de tres cuartas partes, tanto que al terminar la primera semana los industriales decidieron no dar trabajo a los obreros más que a destajo, creyendo afectar así el bolsillo de los trabajadores. Pasaron así una docena de días hasta que uno de los mayores establecimientos metalúrgicos de Milán (Romeo) cerró de improviso la fábrica, declarando que volvería a ser abierta cuando hubiera vuelto a los obreros la voluntad de trabajar, e hizo ocupar militarmente el establecimiento. Ante esta provocación de los industriales, los metalúrgicos, cuyo comité de agitación estaba permanentemente reunido — declaró la inmediata ocupación de las fábricas de Milán, "a fin de evitar que pudieran repetirse hechos como el ocurrido por la mañana", ocupación que se realizó en parte a medio día de la misma jornada. Se estaba entonces, pri-

meros de septiembre (1). La ocupación no se había realizado en todas partes pacíficamente y sin obstáculos. Mas de una fábrica se rehusó o llegó el momento necesario se retiró de la acción, bien que implicase grandes riesgos y peligros.

En algunas fábricas los técnicos o al menos una parte permanecieron con los obreros y colaboraron para el buen éxito de esta tentativa. En algunas otras se obligó por la violencia a los técnicos a quedar para que todo el funcionamiento de la fábrica marchase bien en manos de los obreros.

Los primeros días fue Milán sola la que había ocupado las fábricas metalúrgicas y el hecho habría quedado indudablemente privado de aquél valor que asumió después, y habría sido fácilmente sofocado por los industriales y el gobierno si se hubiese circunscripto sólo a Milán y a toda la Lombardía. Pero algunos días después Turín y toda la Liguria habían seguido el ejemplo de Milán, y en menos de una semana el movimiento se extendió a toda Italia. De parte de los industriales existía la convicción de que tal movimiento no habría durado más que tres o cuatro días o a lo sumo una semana, y que después los obreros, no sabiendo qué hacer de las fábricas, las habrían restituído de inmediato. Y esto explica también en parte por qué fueron las fábricas en el primer momento ocupadas fácilmente. El sindicato de los industriales metalúrgicos, mejor aún, su presidente, Garatti, expresó esta idea en muchas ocasiones: "No podemos aumentar los salarios ni hacer más concesiones a los obreros, porque no lo permite el estado actual de la industria metalúrgica italiana. Que los obreros tomen las fábricas, y verán por sí mismos y estarán obligados a darse la razón". Pero esto era sólo un argumento polémico como tantos otros y un golpe de estrategia que no tuvo éxito gracias a la pronta y profunda acción espontánea de las masas y de los elementos revolucionarios.

Los obreros se habían instalado en las fábricas y habían reemprendido por si solos la producción. En las fábricas sin "dirección" y sin "patrón" se trabajaba plenamente, produciendo como antes, bien que el número de los trabajadores fuese disminuido a causa de que una parte tenfa que montar la guardia a fin de evitar algunos asaltos posibles de parte de la policía. (2)

Las comisiones internas elegidas por los obreros, no tenían otra función durante la ocupación de las fábricas que regular las diferencias que habrían podido surgir entre los obreros y llevar los deseos del taller al Comité de agitación.

(3) No podían deliberar nada sin haber interrogado al respecto a los obreros, como no podían tomar ninguna resolución disciplinaria por si mismos contra cualquiera que fuese. Su función, en definitiva, no era más que de pura relación entre las fábricas, de control técnico y administrativo. A propósito de medidas disciplinarias se había decidido por unanimidad en todas las fábricas que todo obrero que se ausentara por tres días del taller sin justificar, la ausencia no tenía derecho a volver y era considerado como dimisionario.

La revolución latía plenamente en Italia: en el norte las fábricas eran ocupadas por los obreros, en el sur los campesinos habían ocupado ya los latifundios y comenzaban ya el trabajo en común. También entre los campesinos había penetrado un espíritu profundamente revolucionario y en parte habían abandonado el sistema del sabotaje que había devastado antes los campos. Los anarquistas sobre todo combatían fuertemente el viejo sabotaje — el de perjudicar entre los campesinos la cosecha y los animales y entre los obreros las máquinas, porque considerando tanto las tierras, como las máquinas como propiedad exclusiva, las primeras de los campesinos, las segundas de los obreros, todo daño que se les ocasionara era un daño que recaía sobre los mismos trabajadores. Especialmente Errico Malatesta, en diferentes e interesantes artículos aparecidos en "Umanità Nova", sostuvo la necesidad, no de destruir, sino de tomar. Los obreros y los campesinos no debían arruinar el fruto de su trabajo o sus máquinas, sino posegíronse del trabajo, de las máquinas. Haciendo así, los obreros y los campesinos, aún sin quererlo, aún sin decirlo, realizaban

la revolución. Y la revolución en Italia profundizaba y se extendía siempre más, casi sin violencia. Estaba en potencia, no hacía falta, más que un poco de valor para decirlo claramente.

Ya muchas fábricas habían entrado, en relaciones con las cooperativas obreras, que a base del crédito sobre la producción, concedían toda clase de artículos alimenticios y todo cuanto en general podía necesitar la familia de los trabajadores. Los obreros que necesitaban algo, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales, por el asilamiento en que habían quedado los metalúrgicos si al manifestarse de solidaridad lanzado por ellos a los obreros de las otras industrias, no hubiesen respondido inmediatamente ocupando a su vez las fábricas y extendiendo la ocupación a todas las industrias.

Se estaba propiamente en pleno movimiento, pero entre los dirigentes faltaba el valor y sobre todo la voluntad de entrar en la vía de la franca revolución. El gobierno estaba imposibilitado para obrar, de cualquier modo, contra los obreros. El ejército era más que inseguro, simpatizaba con los obreros y les había dado una gran cantidad de armas y municiones. Ya en junio, en Ancona, los bersaglieri habían hecho con la publicación una gran revuelta contra las guerras coloniales, demostrando claramente que no querían marchar. Despues de este episodio de revuelta el gobierno no se fiaba del ejército. Los soldados se rehusaron a salir a la calle contra las demonstraciones y la policía por si sola era incapaz. Fue así que durante el gran movimiento de ocupación de las fábricas, la indisciplina del ejército, la insuficiencia y la desorganización de la policía y las armas de los obreros indujeron al gobierno — según dijo el propio Giolitti en el parlamento — a abandonar todo propósito bélico.

Los obreros se habían instalado en las fábricas y habían reemprendido por si solos la producción. En las fábricas sin "dirección" y sin "patrón" se trabajaba plenamente, produciendo como antes, bien que el número de los trabajadores fuese disminuido a causa de que una parte tenfa que montar la guardia a fin de evitar algunos asaltos posibles de parte de la policía. (2)

Las comisiones internas elegidas por los obreros, no tenían otra función durante la ocupación de las fábricas que regular las diferencias que habrían podido surgir entre los obreros y llevar los deseos del taller al Comité de agitación.

(3) No podían deliberar nada sin haber interrogado al respecto a los obreros, como no podían tomar ninguna resolución disciplinaria por si mismos contra cualquiera que fuese. Su función, en definitiva, no era más que de pura relación entre las fábricas, de control técnico y administrativo. A propósito de medidas disciplinarias se había decidido por unanimidad en todas las fábricas que todo obrero que se ausentara por tres días del taller sin justificar, la ausencia no tenía derecho a volver y era considerado como dimisionario.

La revolución latía plenamente en Italia: en el norte las fábricas eran ocupadas por los obreros, en el sur los campesinos habían ocupado ya los latifundios y comenzaban ya el trabajo en común. También entre los campesinos había penetrado un espíritu profundamente revolucionario y en parte habían abandonado el sistema del sabotaje que había devastado antes los campos. Los anarquistas

sobre todo combatían fuertemente el viejo sabotaje — el de perjudicar entre los campesinos la cosecha y los animales y entre los obreros las máquinas, porque considerando tanto las tierras, como las máquinas como propiedad exclusiva, las primeras de los campesinos, las segundas de los obreros, todo daño que se les ocasionara era un daño que recaía sobre los mismos trabajadores.

Tal vez era ya demasiado tarde, la tracción ya había comenzado y la derrota era inevitable. De parte de los anarquistas ninguna tentativa que descuidada para avivar pronto el movimiento, pero estaba a punto de invadir el desaliento y el pesimismo a las masas trabajadoras.

Claramente sería absurdo afirmar que los anarquistas estén absolutamente inmóviles de todo pecado de ilusiones; por ejemplo, la que devastó el movimiento anarquista, la del frente único y la de las alianzas, que no sirvieron más que para encadenar la acción anarquista a los supremos intereses de la... política de la C. G. del Trabajo y del Partido Socialista, política que no consistía en

creando una situación favorable también para la revolución italiana.

Tales argumentos no quedaron sin una fuerte crítica y provocaron animadas discusiones, pero la decisión fue "no extender el movimiento, posergándolo para un momento más favorable".

Se tuvieron luego otras reuniones, esas sólo entre los miembros de la dirección del Partido Socialista y de la C. G. del Trabajo, pero siempre prevaleció la tesis de la postergación de todo movimiento, posergándolo para un momento más favorable.

Y se tuvieron luego otras reuniones, esas sólo entre los miembros de la dirección del Partido Socialista y de la C. G. del Trabajo, pero siempre prevaleció la tesis de la postergación de todo movimiento, posergándolo para un momento más favorable.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo

estaban dispuestos a tratar con los industriales, con la importación de materias primas que faltaban, pero habían demostrado que, en casi todas las fábricas, recibían un bono, según las exigencias y las necesidades de su familia, para obtener subsistencias. Otras fábricas aún, habían podido enviar ya al mercado su producción y venderla. Pero se necesitaba que esto hubiese estado más generalizado y regularizado; porque era evidente que esto no podía ser más que una forma provisoria y de corta duración. Algunas fábricas no podían funcionar por falta de materias primas, que debían serles entregadas por otras fábricas aún dominadas por los industriales y que no eran concedidas — sobre todo faltaban los productos químicos. El movimiento se encontraba en un momento decisivo y podía ser malogrado fácilmente, según la esperanza del gobierno y de los industriales.

Algunos días más tarde se supo que los dirigentes de la C. G. del Trabajo</p

La organización era casi idéntica a la actual *Confédération Générale du Travail* (27) — francesa: la sección o sociedad de resistencia correspondía al sindicato; la federación local a la *Bourse de Travail*, la Unión a la federación nacional de grupos de oficios afines. En el manifiesto que publicó el congreso de Sevilla se lee en un pasaje: "Inspirados por el espíritu anarquista — tenemos... etc." y la conclusión del manifiesto dice: "La Federación de los Trabajadores de la Región Hispánica tiene por fin la asociación de los trabajadores españoles para luchar solidariamente con sus hermanos de otras regiones contra los monopolistas del capital y de la propiedad, lucha que debe conducir a la emancipación completa del trabajo".

Las masas obreras llegaron directamente en España del federalismo republicano de las ideas de Pi y Margall por el federalismo colectivista de la Internacional bakuninista, hasta el anarquismo, — sin que hayan sido detenidas por los principios del social-democratismo político y centralista.

Por consiguiente, tampoco en el congreso de Sevilla estaban las ideas suficientemente aclaradas. Pues se confundían todavía entre sí el comunismo (la interpretación de que la comuna será la unidad organizadora de la sociedad, libre del porvenir), con lo que hoy llamamos sindicalismo, pero que entonces todavía no tenía nombre, la interpretación de que la federación de los sindicatos será la organización básica del futuro. Bajo el aspecto económico casi todo el movimiento estaba todavía en el principio del colectivismo. Pero aquí fué defendida por un obrero que vive aún en Sevilla, Miguel Rubio, el comunismo como armonizable en absoluto con el anarquismo. Desde entonces se trabó la lucha entre anarquistas colectivistas y anarquistas comunistas — hasta que los colectivistas desaparecieron poco a poco y todos los anarquistas españoles se designaron comunistas.

En el tiempo de la Internacional los marxistas eran "comunistas autoritarios" y los bakuninistas eran colectivistas. Por eso el anarquismo se tensa por inarmable con el comunismo. Colectivistas y comunistas querían ambas la posesión de la tierra, da las minas, de los medios de producción y de comunicación por los trabajadores, pero la fórmula comunista del consumo dice: "de cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades"; o en otras palabras: "propiedad común también de los productos"; la fórmula colectivista decla: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo", es decir, comunismo en los medios de producción, pero propiedad privada en los productos.

La evolución hizo que socialistas autoritarios y antiautoritarios cambiaron su posición como en el Chassé-croisé de un rigodon. Hoy sucede lo contrario, los socialdemócratas son colectivistas y los anarquistas comunistas. Los socialdemócratas evolucionaron al revés, pues la interpretación económica del comunismo es un progreso; ya que en la situación actual de la industria ramificada, del maquinismo y de la división del trabajo es imposible determinar exactamente la parte del trabajo de cada uno para hablar del producto íntegro del trabajo. Pero indudablemente la condición básica del comunismo anarquista es una rica y abundante producción, — que se hará siempre más y más posible por la evolución de los instrumentos de trabajo.

Pero los comunistas como los colectivistas defendían como fundamento de la futura organización los grupos de oficio, es decir, los sindicatos.

Al mismo tiempo que el congreso de Sevilla de 1882, fué celebrado, el congreso especial de la Unión de Trabajadores del Campo de España, en el que estuvieron representadas 105 secciones con 20.916 miembros. El espíritu de esa Unión, que estableció igualmente a la Federación Regional, era declaradamente anarquista, sindical, mejor, sindicalista, (bien que colectivista). En el protocolo que publicó después este congreso se lee literalmente en el último capítulo:

"Una organización obrera puede comprenderse únicamente de sindicatos, pues en los grupos profesionales se encuentra poca diferencia intelectual entre los mismos, lo que hace imposible que algunos ejerzan un influjo demasiado grande. La igualdad del trabajo, del salario, de la lucha común que se afirma en la huelga es el lazo más positivo que nos une. Pero la organización obrera no se limita a la consecución de un salario más alto y de una jornada más corta por medio de la huelga — pues su objetivo final debe ser la elevación del proletariado como tal y la realización de una sociedad de productores libres en la cual cada uno reciba el producto de su trabajo". Estas son cosas que no quedan en segundo lugar ante lo que dicen los sindicalistas actuales...

En la España meridional no hay campesinos ni aldeas própiamente dichas. La región pertenece a algunos ricos latifundistas y es trabajada por jornaleros que viven en pequeñas ciudades. El alcalde de esas pequeñas ciudades campesinas es también a menudo un jornalero. Van por la mañana al trabajo con su blusa azul, como los demás trabajadores, de los que se distinguen sólo por el salario insignificante. No recibe más de 50 a 60, a lo sumo a 75 céntimos/días/los.

Esto nos explica por qué hubo en Andalucía desde hace tanto tiempo un movimiento sindical y anarquista tan fuerte entre los campesinos. El hecho es que en esa época, — 1881, 82 y 83 — sucedían de tanto en tanto actos terroristas agrarios, las cosechas de los explotadores agrarios eran algunas veces incendiadas, en perlodos de gran miseria eran robados frutos y vacas, pero los ejecutores de esos actos no fueron nunca sorprendidos. Las huelgas agrarias se hicieron muy sensibles para los propietarios también, y éstos decidieron tentar un golpe para aniquilar a los jornaleros.

No tenían ningún argumento legal contra la sociedad, pública y legalmente constituida, y por eso descubrieron la famosa conspiración de la *Mano Negra*, que nunca existió, y que nació sencillamente de la imaginación de la guardia civil y de los jueces.

Un capitán de la guardia civil de Jerez, Montforte, encerró bajo una piedra en el campo los estatutos secretos de la *Mano Negra* enyuelados en otros varios "papeles comprometedores" que declaraban como objetivo el robo, el asesinato y el incendio...

Un golpe mortal ordinario a un trabajador por su primo, que casualmente era miembro de la Federación de los Campesinos dió el pretexto para los procedimientos. Se arrestó a más de cien personas. Se enviaron artículos a toda la prensa del mundo sobre los descubrimientos de la *Mano Negra*, aceptados por los lectores creyentes. Con ayuda de los más terribles tormentos — que tan sólo se conocieron veinte años después — se obtuvieron todas las confesiones deseadas. Los detenidos eran sólo miembros de la Federación Regional de Trabajadores, que fué identificada con la *Mano Negra*. El sistema de la acusación era que el trabajador muerto en la riña había sido condenado a muerte por el "tribunal secreto" de la *Mano Negra*, que presidían el campesino Corbacho y el maestro Juan Ruiz. Toda la acusación se apoyaba en las confesiones de los acusados mediante los tormentos — así fueron sentenciados a muerte ocho acusados por los juzgados de Jerez. Entre los ajusticiados estaban F. Corbacho, presidente de la Unión de Trabajadores del Campo, y Juan Ruiz, secretario. Éste había tomado parte en el congreso de la Federación Regional de Sevilla como delegado por Jerez.

Los procesos americanos en Chicago de 1886, y contra Haywood, Meyer, 25 años después, son sólo pálidas copias de este modelo español de cómo se destruye un movimiento sindical. Fueron los primeros mártires de la lucha de clase de los trabajadores contra los capitalistas — mártires precursoras del sindicalismo.

Este proceso no fué el único, pues luego se decretó por el "liberal" gobernador de Cádiz para todo el territorio agrario de la provincia la siguiente ordenanza: "Para todos los daños e incendios causas no puedan ser indicadas, se considerará responsables a los miembros del comité local de la llamada 'Federación de Trabajadores'".

En los procesos posteriores, contra la *Mano Negra*, con la que se asustó al mundo entero, funcionó siempre la tortura y

con motivo de las confesiones que se obtenían; fué sentenciado un gran número de personas a trabajos forzados para toda la vida en las colonias africanas.

— La verdad fué mantenida tan oculta que hasta los obreros anarquistas de las otras regiones creían en la existencia de la *Mano Negra*.

(Continuará)

rración moral pueden llevar a un hombre el odio y el espíritu de venganza. — (N. de R.).

(24) El general Pauta, refiriéndose a los defensores de Sevilla, un grupo de unos docecientos internacionalistas, dijo que se habían "batido como lobos". (N. de R.).

(25) Aquí se produjo la intervención de los internacionales en la lucha débil a que había preso algunos miembros de la Internacional, y los obreros de Valencia creían que sus compañeros recobraran la libertad si triunfaban los anarquistas intransigentes (N. de R.).

(26) En Alcoy la acción y la responsabilidad correspondió a los internacionales. La sede de la Comisión de Correspondencia de la organización española estaba a cargo de Albarracín y de Tomás. Los obreros declararon la huelga, y la Municipalidad hizo tirar sobre ellos, lo que produjo la insurrección, después de una lucha encarnizada se adueñaron de la ciudad. La prensa burguesa reclamaba medidas contra los insurrectos y Pi y Margall, entonces presidente de la República, prefirió presentar su dimisión antes que mancharse de sangre. Contra Alcoy se envió un ejército de 6.000 hombres. Los obreros obtuvieron su embargo plena satisfacción a sus demandas. En tanto que ocurrían estos acontecimientos, Bakunin ardía en deseos de correr a España; con ese fin envió a Malatesta a Barceló en busca de dinero; pero Malatesta fué detenido y la idea de Bakunin de mezclarse a la lucha de los revolucionarios españoles fué frustrada por segunda y última vez. (N. de R.).

(27) Como se ve, el autor habla de la época de Petiotier; hoy la C. G. T. francesa es casi una dependencia gubernamental (N. de R.).



EL IDILIO DE LA PAZ